

## **Bachelet: un año de gobierno<sup>1</sup>**

Marta Lamas

**E**l 11 de marzo del 2006 Michelle Bachelet declaró, en su primer discurso como presidenta, que ese día marcaba el comienzo en Chile de un estilo de gobierno más dialogante y participativo. “Yo fui la candidata de los ciudadanos, ahora seré la presidenta de los ciudadanos”. Bachelet alentó muchas expectativas, especialmente entre las mujeres. Divorciada, madre de tres hijos de distintos padres, socialista y atea, representaba a amplios sectores de la población que no habían visto sus deseos y necesidades reflejados en la agenda gubernamental. Su gesto de nombrar un gobierno paritario fue más eficaz que cualquier discurso feminista. Desde su condición de hija de militar leal a Allende, torturado y asesinado por Pinochet, se propuso ganar la confianza de Chile y restañar viejas heridas.

En su “carta de navegación” declaró: “Tenemos el compromiso de llegar al 2010 con un país más moderno, integrado, desarrollado y solidario, con una sociedad cohesionada, centrada en los ciudadanos”. Las cuatro grandes transformaciones y cuatro áreas de trabajo que planteó son: 1) Reforma del sistema de previsión social, para asegurar pensiones dignas y decentes; 2) educación de calidad; 3) innovación para el desarrollo y 4) calidad de vida. O sea, pretende lograr un Chile más seguro, más próspero, en el que se viva mejor y que esté más integrado.

Además de esas prioridades, Bachelet ha seguido desarrollando cambios muy profundos iniciados en las administraciones anteriores, como imprimir mayor solidaridad al sistema de salud, compromisos explícitos respecto de los derechos ciudadanos, la más importante reforma a la justicia de los últimos 100 años, la transformación radical del sistema de transporte

<sup>1</sup> Agradezco a Ana Sojo sus señalamientos críticos y la información que me brindó para la realización de este artículo.

público de Santiago, que incluye un papel planificador clave del estado para cuidar el medio ambiente. Hay que destacar que esas reformas, que insertan la participación del sector privado bajo una dirección estatal, esbozan una alternativa al modelo neoliberal.

Sin embargo, gobernar con un equipo nuevo, joven y paritario se dice fácil, pero ha sido difícil. Además de encarar problemas heredados, Bachelet ha tenido que asumir resbalones propios. En el plano social, el paro estudiantil de los jóvenes de 12 a 17 años (llamados “pingüinos” por el uniforme escolar), concitó el apoyo de la mayoría de los chilenos y tiró a dos ministros, el del Interior y el de Educación. El gran desafío de traducir lineamientos presentes en otras reformas al campo educativo enfrenta a quienes quieren volver al sistema anterior (desmunicipalizar la educación y regresar al modelo centralista).

Recientemente, la implementación del *Transantiago* (el sistema de transporte público en la ciudad de Santiago) ha provocado molestias a usuarios reacios al cambio, originadas por las dificultades propias de un sistema inédito en proceso de ajuste. La prensa ha subrayado el malestar ciudadano sin destacar que el *Transantiago* configura un ordenamiento sin precedentes al poner al operador privado bajo la batuta del sector público junto con una modernización tecnológica impresionante (como es el uso de una tarjeta inteligente para el pago de todo el sistema). Concentrados en destacar y magnificar los errores que cualquier gestión gubernamental conlleva, los medios de comunicación se han mostrado ciegos ante notables aciertos que auguran un avance indiscutible. En especial, han sido voceros de la iracunda iglesia católica, escandalizada por medidas como la distribución entre adolescentes de la anticoncepción de emergencia. Por eso, más allá de la imprescindible fiscalización que requiere toda democracia, los principales periódicos le han sido deliberadamente adversos a Bachelet.

En el plano político, tal vez la mayor dificultad que enfrenta la presidenta Bachelet radica en el desgaste de la coalición gobernante, tanto por las consecuencias negativas debidas al tiempo que lleva la Concertación en el ejercicio del poder (con escandalosos casos de corrupción), como por el hecho de que cuando termina un proceso de transición emergen nuevos temas. Pese a ello, las encuestas le otorgan a su gobierno una aprobación ciudadana de más de 50%, cifra que Frei no alcanzó en sus seis años de gobierno y que Lagos apenas logró en el cuarto del suyo. Pero esas mismas encuestas registran que muchos consideran “débil” a Bachelet (59%) y 48% piensa que ha actuado sin destreza ni habilidad frente a 44% que piensa lo

contrario. Esta información plantea la paradoja, como señaló Carlos Peña, rector de la Universidad Diego Portales, de una presidenta mal evaluada, pero en la que la gente confía.

El estilo sencillo de la presidenta, tan alejado del autoritarismo inherente al puesto, ha sido interpretado como debilidad. Además, su decisión de mantener un contacto directo le ha significado a Bachelet cierto distanciamiento de los partidos políticos que componen la Concertación y de la maquinaria estatal que controla los hilos del gobierno, que han manifestado su molestia con la forma directa “poco institucional” que tiene ella para relacionarse con los gobernados. La virtud que la hizo ganar ahora se considera una flaqueza. Pero más allá de las resistencias políticas que ha desatado su forma personal de mando, sin duda tener a una mujer como ella dirigiendo el gobierno implica un cambio cultural que, como todos los de su tipo, tardará en consolidarse.

El objetivo de Bachelet de construir “una democracia cada vez más cohesionada, donde todos los ciudadanos tengan espacio para participar y deliberar y donde todos los derechos y libertades sean respetados” ha concitado una inmensa reacción de apoyo de la ciudadanía. A un año de su toma de posesión, la presidenta de Chile ha rebasado generosamente las expectativas que despertó y, sobre todo, ha sorprendido con sus gestos simbólicos. Uno, muy relevante, fue que, al limitar las exequias de Pinochet al ámbito militar, Bachelet logró explícitamente que el recuerdo del dictador no ingresara al panteón cívico. Así, como señaló Carlos Peña, al negarle el funeral republicano de estado, respetó la memoria colectiva de sus compatriotas.

Su gran acierto ha sido elegir el eje de la protección social para ampliar la modernización democrática en Chile. En menos de un año aumentó las pensiones bajas a 1 200 000 chilenos y garantizó la atención de salud a los más necesitados. Para este año, destinó 2 de cada 3 pesos del presupuesto a inversión y gasto social. Todas las personas enferman y todas van a envejecer, y al construir un sistema de protección social que dé a los chilenos y sus familias “la tranquilidad de saber que tendrán un trabajo digno y decente, que tendrán una vejez digna”, Bachelet está sentando los cimientos de una sociedad más igualitaria y solidaria. Transformar el modelo de seguridad social es, en el fondo, transformar el estado. Michelle Bachelet está logrando, a su manera, lo que toda América Latina está exigiendo que se haga: mejorar la calidad de vida y cambiar el modo de hacer política. Esto es más que enterrar las viejas mañas políticas; es darle oportunidad a quienes quieren hacer de la política el lugar de la soberanía y la solidaridad ●